



Paisaje con mayúscula

Charlamos con **Eduardo Viñuales**, naturalista de amplio recorrido y prolífico divulgador. Frecuenta muy diversos paisajes, que observa y conoce con una actitud admirada y admirable.

Eduardo Viñuales. Desde luego, un paisaje, *a priori*, parece ser un telón de fondo, un horizonte. Pero también es un hábitat, el escenario o el gran lugar de apariencia inerte donde se desarrollan nuestras vidas o las de otras personas y demás seres vivos. Pero, como yo bebo de la sabiduría de nuestro buen amigo el geógrafo Eduardo Martínez de Pisón, pienso que el paisaje es un territorio con un poso cultural, de lo vivido y lo sentido. Es decir, con unos valores intrínsecos que nos enseñan a estar y a ser en el mundo. Como naturalista sensible a la protección del entorno, considero que un paisaje que está degradado o profundamente alterado por la acción del hombre -no con intervención armónica y cordial- deja ya de ser, al menos para mí, un "Paisaje con mayúscula". Porque eso será en todo caso un paisaje perturbado, sin belleza, sin atractivo estético,

sin diálogo, sin pedagogía... donde se ha perdido el respeto y el amor por las formas o por la vida espontánea, por el contenido y por el continente original. Un polígono industrial podrá ser algo práctico, pero no será ya un paisaje natural. Porque para mí la palabra paisaje está emparentada con la naturaleza. Y no debo ir desencaminado cuando leo que el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define paisaje como "un espacio natural admirable por su aspecto artístico".

F. Javier Barbadillo. Tal como la expones, tu idea del paisaje abarca hasta un límite de naturalidad o artificialidad que, de sobrepasarse, pierde su sentido porque literalmente se desnaturaliza. Creo que ese concepto del paisaje es el que comparte la mayoría del colectivo naturalista. Sin embargo, a partir del

Eduardo Viñuales sobre el Pico Central (3.235 m) y el glaciar de Ossue, pertenecientes al macizo de Vignemale, dentro del Parque Nacional de los Pirineos, en Francia (foto: Joaquín Muñoz).

Convenio Europeo del Paisaje, hay la tendencia a entenderlo como "cualquier parte del territorio tal como la percibe la población". Aquí cabe todo, especialmente lo antrópico, sin que se requiera belleza escénica. Es otra mirada, más dirigida al ámbito social, que también asume como paisaje espacios intensamente artificializados.

EV. Sí, va un poco en la línea de lo que yo te decía: un paisaje puede ser un territorio vivido, aunque sus caracteres básicos de relieve o geografía sean intensa y machaconamente perturbados. Para mí, no es de interés. No entra dentro de mi concepción. En el abanico de posibilidades o definiciones, esos paisajes urbanos, degradados, transformados, afeados y contaminados, no tienen ni de lejos la misma valoración que podría tener un Paisaje con mayúscula, como por ejemplo un valle glaciar del Pirineo con sus cumbres, sus ibones y morenas, sus bosques, los arroyos, el cie-

ENVÍANOS TU DEFINICIÓN DE PAISAJE

Invito a los lectores de esta sección a que nos envíen sus propias definiciones de paisaje. Iremos publicándolas y será un modo de reflexionar colectivamente sobre un concepto tan personal como social. Enviad vuestras definiciones, junto con vuestro nombre, a: javier.barbadillo@yahoo.es



F. Javier Barbadillo Salgado

javier.barbadillo@yahoo.es
<http://enelultimorincon.blogspot.com>
www.facebook.com/groups/clubamigosdelpaisaje



lo, los pastos. Serán paisajes ambos, sí; pero para mí no es lo mismo el valle de Ordesa -protegido como Parque Nacional y salvaguardado de presas, urbanizaciones o carreteras- que el vertedero de basuras de la ciudad de Zaragoza, a donde llegan los residuos urbanos de 700.000 personas y donde, por cierto, también pueden verse muchas aves que nos gustan, como buitres, cigüeñas y gaviotas.

FJB. Claro, la valoración del paisaje es un componente fundamental que nos impulsa tanto a conservar un territorio como a desfigurarlo. Aparentemente todos coincidimos en que los paisajes valiosos, entre ellos Ordesa, han de continuar tal como los hemos conocido o incluso algo mejor. Más allá de esos escenarios excepcionales la valoración del paisaje se torna compleja, incluso contradictoria. Cuando no nos sentimos ligados a un territorio concreto, o se desconocen su naturaleza e historia, es relativamente fácil desentenderse de su cuidado. Esa incultura del paisaje es un modo de desapego, una desconexión del entorno.

EV. Los paisajes tienen una vida para nosotros íntima, personal, que nos lleva a leerlos y contemplarlos, a interpretarlos o comprenderlos, y en última instancia a apreciarlos e incluso a sentir un entusiasmo o un cariño especial por ellos. Mi máxima siempre ha sido que "aquello que se conoce se quiere, y que a su vez lo que se quiere se ama, se protege y se defiende". Por eso me dedico a divulgar la naturaleza, con artículos, rutas excursionistas, guías o libros, como un modo más con el que contribuir a la defensa del medio ambiente. Es cierto que hay cosas, lugares y actitudes para las que "su tiempo ya pasó" y que no podemos vivir anclados en el pasado, manteniendo recuerdos de algo que ya no es útil o ha perdido el motivo para lo que fue creado. Pero el paisaje vivo y natural, ancestral, con todos sus elementos en equilibrio, con la complejidad de sus diversos componentes, eso resulta esencial mantenerlo de cara al futuro. Porque los paisajes que podrí-

amos considerar prístinos, idílicos o bien conservados están en grave peligro, pues cada día se encuentran más acorralados por la acción humana desmedida. Y por eso adquieren un mayor valor, por su escasez y rareza, por ser cada día más excepcionales. ¿Qué queda de los bosques viejos o maduros? ¿Dónde están los páramos y las llanas estepas sin artefactos metálicos rompiendo el horizonte? ¿Qué tanto por ciento se mantiene de los humedales naturales que hubo hace cien años y en qué estado de conservación se hallan ahora estos frágiles enclaves vinculados al agua? ¿Cuántos ríos grandes encontramos ya sin presas o embalses y,

Muchas veces la sociedad premia al que destruye e ignora; peor aún, castiga a quien conserva y salvaguarda.

por lo tanto, fluyen libres de principio a fin como auténticos corredores ecológicos? ¿Cuántos kilómetros de costa y de playas hemos urbanizado u hormigonado en el último siglo?

FJB. Sin duda, la singularidad natural de un paisaje eleva su valor de mercado y el de su periferia. Es una dinámica de asedio muy perversa.

EV. Últimamente los conservacionistas tenemos que justificar que algo tiene valor económico, argumentar que atrae turismo, que genera ingresos, que los municipios reciben subvenciones. Pero muchas veces la sociedad premia al que destruye e ignora; peor aún, castiga a quien conserva y salvaguarda, olvidando que la naturaleza, que un entorno o un paisaje bien conservado, tiene unos beneficios ecosistémicos. Es tan obvio que con frecuencia olvidamos que los ríos aportan el agua vital para la vida, que los mares hacen el milagro de echarse a volar y regresar en forma de lluvia limpia con la que nosotros rega-

mos o cocinamos, que los prados y pastizales absorben dióxido de carbono o que el aire que filtran las masas forestales está ahí gratis, en esa gran fábrica que no requiere trabajo ni inversión. Pero es que ni en los parques nacionales y sus áreas periféricas el medio natural está hoy completamente a salvo. Hay problemas. Mira Doñana (con los cultivos de fresa y la agricultura intensiva que seca la marisma), el Teide (con sus arruís y miles de personas que suben muy alto cada año en un teleférico de otro tiempo) o los Picos de Europa (donde hasta hace cuatro días se mataban lobos). ¿Qué sucede pues en otros paisajes remotos, desolados, humildes y ol-

vidados de Soria, Teruel, Cáceres o Burgos, donde ni tan siquiera está el paraguas de la Red Natura 2000? Pues que hay vía libre, manga ancha, para instalar sin planificación y rápido, con el pretexto del cam-

bio climático, más y más parques eólicos y solares, abrir pistas o carreteras, instalar granjas de cerdos u otras industrias contaminantes. En el supuesto desierto de Los Monegros, que alberga una de las mayores biodiversidades de Europa, muy superior a la de Ordesa, proliferan en estos días los proyectos sometidos a información pública de grandes polígonos eólicos cuyas aspas matan a miles de aves. Un lugar que podría y debería ser parque nacional pierde valor cada año. Dentro de poco ya no será posible protegerlo. En muchas sierras de la provincia de Teruel sucede lo mismo. No sólo en la comarca del Maestrazgo, sino también en las desconocidas y maravillosas sierras del Alto Alfombra o en los llanos de Pozondón y las cercanías de los Montes Universales. ¿No valen estos sitios, porque no están en el *top ten* de la lista? ¿No cumplen una función fundamental para los ecosistemas y la biodiversidad? ¿No son relevantes para la vida y para nosotros mismos, también seres vivos integrados en el paisaje? ♣